

Martín Casariego

LA JAURÍA  
Y LA NIEBLA

algaida  
eco

La novela *La jauría y la niebla*,  
de Martín Casariego, obtuvo el  
II Premio Logroño de Novela.

Primera edición: 2011

© Martín Casariego, 2009  
© Algaida Editores, 2009, 2011  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-563-1  
Depósito legal: Na. 39-2011  
Impresión: Rodesa, S. A.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para tantas otras familias,  
para la mía*



¿Dónde está la fruta  
para nosotros los débiles?  
Caen las naranjas  
siempre en otras manos  
¿por nuestra culpa, madre,  
todos esos gajos desprendidos?  
Redobla la sangre  
en los huertos de abajo  
y hay cascadas amarillas  
en los bosques de arriba  
¡No hay culpa,  
sólo hay herida!

PEDRO CASARIEGO CÓRDOBA



**A**IRE PARA RESPIRAR. POR LA BOCA LEVEMENTE abierta entraba el justo para seguir viviendo. Se detuvo ante el arranque de la escalera. Era como un pez en un pantalán. Un poco mejor: a un pez fuera del agua no le entra ni siquiera ese mínimo oxígeno. Cada escalón era un gran obstáculo. Había leído en un periódico que en cada bocanada de aire que respiramos hay cerca de mil ochocientos microorganismos diferentes, entre microbios y bacterias. Reunió fuerzas. Un peldaño. Luego otro. Intentó respirar más hondo, infectarse, pero no lo consiguió. Le faltaban diecinueve. Empezó a cantar en su fuero interno la canción del prehistórico disco de vinilo de su padre, *Wish you were here. So / So you think you can tell*, dieciocho... Las piernas le dolían. Diecisiete, *blue skies from pain*, dieciséis, quince, un equipo de rugby, catorce, la edad que tenía. Siguió subiendo. Cada movimiento era una tortura que debía infligirse sin ánimo ni esperanza, trece, sin un fin que justificara tanto dolor. Le faltaban doce, once, un equipo de fútbol. Intentó concen-

trarse en sus cordones. ¿Desde hace cuánto los tenía? Uno estaba ya roto, pero su largura aún permitía hacer una lazada. Eran los que venían con los zapatos. Tenían, pues, un año apenas. ¿Y quién había comprado los zapatos? Él, acompañado por su madre, diez. O más bien su madre, seguida a regañadientes por él. Un número mayor que el suyo, para que le duraran más, nueve, y ya empezaban a quedarle pequeños. Los muslos le dolían horriblemente, ocho, pero lo importante era no pensar en ello y no quedarse paralizado. Siete, *¿Cómo has entrado?*, un equipo de balonmano, seis, cinco, un equipo de baloncesto, los dedos de una mano o de un pie, una bocanada de aire, si pudiera llenar los pulmones. Cuatro, tres, *Tengo muchos poderes*, dos, un doble de tenis. Miró con una mezcla de odio y aprensión el último peldaño. Avanzó el pie derecho hasta posarlo en el piso superior. Únicamente le restaba cargar su peso en la pierna derecha, impulsarse con el muslo, inclinar el cuerpo hacia delante para apoyar el movimiento, y desplazar el pie izquierdo hasta ponerlo en el suelo. Había llegado al final, la cumbre del Everest. Volvió a detenerse para recuperarse del esfuerzo, risible y titánico a la vez. Se le ocurrió un chiste macabro para montañeros, *Ever rest*, descanso eterno, si su pobre inglés no le fallaba. Unos metros más allá estaba la puerta de su clase, la primera del pasillo. Un nuevo sacrificio, un pie después del otro, un pie después del

otro, un pie detrás del otro, un pie delante del otro, y alcanzó la puerta de madera pintada de blanco. Otra vez esa sensación en la nuca, en los hombros, como si algo le chupara las escasas energías que le quedaban. Logró que en los pulmones entrara más aire. Abrió la puerta y, mirando hacia el suelo, viejas losas agrietadas, se dirigió hacia su pupitre.

—Hola, Ander.

—¿Qué tal, Ander?

—Buenos días, Ander.

—Llegas tarde, Ander.

—Hola, hola, hola, Caminero, contesta, mal educado, hola, barrendero.

Sin levantar la vista, se quitó la mochila (al hacerlo, notó que sus hombros se liberaban, que el dolor del cansancio ascendía y escapaba por el cuello, como si su espalda hubiera soportado un gran peso), y ocupó su asiento, en la segunda fila, junto a la ventana. Escuchó la voz del profesor, a escasos metros, áspera, hostil, esa voz que no había mandado callar a los alumnos que habían roto la disciplina de la clase para zaherirle con sus burlones saludos.

—¿Otra vez tarde, Muñoz Caminero? ¿Tan poco te gusta estar con nosotros? Te recuerdo que mañana hay examen, y el que no llegue en punto, no entra.

Se había puesto el despertador media hora antes de lo normal para llegar a tiempo, pero no

contestó. Continuaba sin alzar la vista. Sentía la del profesor clavada en él, en su frente, en su flequillo, en sus hombros caídos. El despertador había sonado cuando él llevaba ya tres horas despierto, *¿Cómo has entrado? Tengo muchos poderes.* Sacó el libro de la cajonera. Se lo había olvidado la víspera, y ya fuera, a la puerta del instituto, al acordarse de él, había preferido no volver a entrar. Miró de reojo al de Asun, para ver por qué lección estaban. Su compañera tapó el título, pero pudo ver el número de la página. 48. Abrió su libro. Entre las páginas 48 y 49 alguien había puesto dos cabezas de anchoa.

Mucho peor que un pez en el pantalán.

Porque el pez boqueaba buscando la vida, y él tenía ganas de morir.

# I

**H**ABÍA EMPEZADO A CORRER POR EL COLEGIO DE manera insistente y atropellada un rumor inquietante: los Reyes Magos no existían; los Reyes Magos eran los padres. Leandro, en la primera hora de clase, no podía quitarse aquello de la cabeza.

Habían comenzado a propagarlo Juanma y Mikeltxo, después de que así lo aseguraran dos del curso superior, el de los de ocho años. Uno de los mayores tenía el pelo en cresta, y una fina coletilla en la nuca. Leandro conocía al otro, porque era el hermano mayor de Xabi, y les había llevado a la casa del Viejo Gruñón, aquella vez en que Xabi les había invitado a merendar. El gruñón era vecino de los dos hermanos, vivía solo y tenía muy malas pulgas. La valla metálica de su jardín se podía levantar, frente a un gran abeto, ya al otro lado, cuyas ramas inferiores casi acariciaban el suelo, o más bien lo arañaban, pues estaban secas, duras, muertas. Aquel día Josu, el hermano mayor de Xabi, preguntó cuáles de sus amigos eran valientes. Todos levantaron la mano, Lean-

dro más tímidamente que el resto, después de dudar durante un par de segundos.

—Ya que sois tan valientes, vamos a colarnos en la casa del Viejo Gruñón —dijo.

—Vamos a colarnos en la casa del Viejo Gruñón —repitió Leandro, con voz autoritaria, mirando a sus camaradas—. ¿Entendido?

—Dicen que el Viejo Gruñón es el Olentzero. Tiene una escopeta —informó Xabi.

—Tiene una escopeta —advirtió Leandro—. Para que no le roben los regalos —añadió, de su propia cosecha.

—Poneos los chaquetones, que luego os resfriáis y *amatxo* me echa la bronca —ordenó Josu.

Los cuatro pequeños obedecieron en silencio, excitados por la aventura, y algo preocupados por la alusión a la escopeta y por la fama de ogro del Viejo Gruñón.

—¿Ya estáis? Pues vamos.

Josu bajó las escaleras, cruzó el salón y salió al jardín, muy decidido, sin molestarse en comprobar que le siguieran su hermano y sus amigos. Atravesó el prado, la zona poblada por hortensias que, sin hojas ni flores, parecían descarnados esqueletos a punto de quebrarse, y cuando llegó a la esquina, se volvió.

—¡Vamos! —les apremió, con voz sorda—. ¿Ya os estáis cagando?

Se agruparon junto al mayor, quien, antes de levantar la valla, les aleccionó:

—Ahora, silencio. Escondeos bajo el *izei*. ¡Adelante!

Tirando de la red metálica hacia arriba, la separó del suelo, abriendo un hueco lo suficientemente grande como para que, arrastrándose, los niños pudieran pasar al otro lado. Leandro, que había observado con cierto disgusto cómo todos, sin protestar, se manchaban de barro, fue el último. Su madre le regañaría, pero prefería la regañina materna a quedar ante sus amigos —y especialmente ante Josu, revestido por sus ocho años de una especie de aureola de héroe— como un cobarde o como un tiquismiquis. Como una nena. Ya casi no cabían todos entre las ramas bajas y ásperas del abeto. Una de ellas rasguñó la cara de Leandro, quien, como tenía medio cuerpo fuera, a la vista, resolvió salir por completo del cobijo del árbol y esconderse tras el arbusto más cercano. Miró con precaución hacia la casa. No se veía a nadie. Se tocó la mejilla. No tenía sangre. Josu también salvó la valla arrastrándose, pero al revés que los demás, boca arriba, y levantando él mismo la malla de alambre. Se reunió con su tropa, y dijo:

—¿Estamos todos? ¡Bien! Recordad que el Viejo Gruñón tiene una escopeta, y os puede confundir con unos conejos, así que... ¡nada de ruido! ¿Alguien se atreve a salir del escondrijo y tocar la puerta? —tras hacer una pausa, que le sirvió para hacer evidente que nadie decía ni pío, añadió—: Lo que me imaginaba, Xabi. Tú y tus

amigos sois una panda de miedicas. Seguro que ni sabéis fumar.

Tras decir eso, sacó del bolsillo de su pantalón una cajetilla de rubio aplastada. Colocó un cigarrillo en su boca y lo encendió con una cerilla, aspirando con fuerza. Leandro miraba hipnotizado la diminuta brasa que avanzaba por el papel blanco del pitillo, quemándolo.

—El hombre que sabe fumar echa el humo después de hablar —y tras decir eso, Josu expulsó el humo por la nariz—. ¿Alguien quiere probar?

—¡Yo! —se animó Julen.

—*¡Potrozorri*, no grites! —le riñó el mayor.

Pero le pasó el cigarrillo. Julen lo cogió con torpeza —nada de la naturalidad que exhibía el hermano de Xabi— y chupó del extremo con filtro. Inmediatamente echó una pequeña voluta de humo.

—Maricón, no lo ha tragado —observó Josu—. ¿Quién más quiere?

Leandro calló. Sólo tenía siete años, y temía no estar a la altura de las circunstancias, provocar las burlas de aquel mayor, que le sacaba uno. Un gigante, un ser temible: más alto, más fuerte, más experto. Sabía más cosas.

—Yo —susurró Xabi.

—No, tú no, que luego te chivas.

—Maricón —dijo entre dientes Xabi.

Su hermano le propinó una colleja con desgana, casi como por costumbre u obligación.

—No digas tacos, que aún eres pequeño. Ven-  
ga —ahora se dirigía a los demás o, más bien, a  
Mikeltxo, en quien clavó la mirada—, ¿quién es  
el siguiente?

—Yo —dijo Mikeltxo, no muy convencido.

Josu le pasó el pitillo. Mikeltxo le dio una cala-  
da, intentó tragar el humo, y rompió a toser.

—¿Quieres que vengan hasta los bomberos, o  
qué? —Josu le arrebató el pitillo—. Para de toser,  
pareces un jodío tísico.

Tras el arbusto, sin perder detalle de lo que  
ocurría entre las ramas del abeto, y lanzando de  
vez en cuando miradas hacia la casa de piedra,  
Leandro sabía que había llegado su turno, y no  
podía evitar admirar al hermano de su amigo.  
Con que dijera sólo la mitad de los tacos que de-  
cía él, su madre le castigaría un fin de semana en-  
tero. ¿Y qué era un tísico? ¿Un animal? Pero lo  
que más le había impresionado, aparte del hecho  
de atreverse a entrar en el terreno de un viejo  
que tenía malas pulgas y una escopeta, aparte  
de que tuviera tabaco y supiera tragar el humo,  
había sido aquella frase, el hombre que sabe fu-  
mar echa el humo después de hablar.

—¡Eh, tú, renacuajo! —Josu se refería a él—.  
Ven, a ver si tú sabes.

Con el cuerpo encorvado, con la máxima cele-  
ridad de la que fue capaz, Leandro superó la corta  
distancia —apenas tres metros— que separaba su  
escondite del árbol, y apartando alguna rama,

empujando con el cuerpo a Julen, se unió al grupo. Todos se apretaban, ninguno quería quedar expuesto a la mirada del Viejo Gruñón, y mucho menos a su escopeta. Sin pronunciar palabra, y después de dar una calada, Josu le pasó el cigarrillo. En ese momento, a Leandro le habría gustado estar muy lejos de allí, al calor del hogar, cerca de su madre: nunca había fumado, se le iba a notar, y se avergonzaba. Sin pensarlo, como si su brazo y su mano fueran independientes de su cabeza, tomó el pitillo y aspiró. Un humo acre le invadió la garganta, comenzó a toser y sus ojos se llenaron de lágrimas. No era un hombre todavía. Josu le quitó el cigarrillo, y en lugar de mofarse de él, como esperaba, dijo, casi con afecto:

—¿Veis? Éste tiene huevos.

Y le propinó a Leandro, que aún tosía, una palmada en la nuca, una palmada que en lugar de ofenderle le enorgulleció. Después, el mayor apagó el pitillo en el tronco del abeto.

—Me apetece dar un paseo —anunció, desafiante—. ¿Alguien viene conmigo?

Ninguno se movió.

—Lo habría apostado. ¡Gallinas!

Abandonó la protección del árbol y, con prudencia, presto a dar la vuelta y salir corriendo a la menor señal de peligro, avanzó unos pasos entre la maleza en dirección a la casa. Se detuvo para escuchar. Dio unos pocos pasos más y giró el cuello, para comprobar que los pequeños estaban

pendientes de su proeza. De pronto, del interior de la casa llegó un ruido producido al chocar un metal con otro. Josu corrió al escondite y empujó a Mikeltxo para hacerse un sitio. Jadeaba. Todos miraban hacia la casa. La puerta se abrió y apareció por ella un anciano delgado, tocado con una boina, vestido con un chubasquero verde oliva que le venía algo grande y unas botas de agua del mismo color. Aun estando algo encogido, parecía alto. Se detuvo apenas pasado el umbral y se llevó una mano a los ojos, como si le molestara la luz de aquel día gris. En esa mano llevaba un saco con algunos bulbos, y en la otra, un azadillo. No era una escopeta, pero, al fin y al cabo, un azadillo podía ser un arma. Los niños le observaban inmóviles, conteniendo el aliento.

—*Horra, horra, gure Olentzero...* —susurró Josu.

Leandro contenía a duras penas su excitación. En su casa los regalos no los traía el Olentzero, sino los Reyes, pero aquel viejo era casi como un Rey Mago. El anciano bordeó la casa y desapareció detrás del otro muro.

—¡Vámonos! —susurró Josu—. En la parte de atrás hay un cobertizo donde guarda la escopeta, quizá nos haya visto. Creo que allí guarda también su traje de carbonero y los regalos.

El mayor salió de su escondite y levantó la valla. Los pequeños, a toda prisa, pasaron al otro lado, y fueron corriendo a casa de Xabi, hablando todos a la vez, interrumpiéndose los unos a los

otros, riendo. Había sido, sin duda, una gran aventura.

Y así lo recordaba Leandro un par de meses después, nada más llegar a la escuela, en el campo de baloncesto al aire libre, cuando Josu, que había venido con Xabi y con el de la cresta, había dicho:

—A ver, renacuajos. Quien crea que los Reyes Magos son los padres, que se pase a ese lado de la raya.

Leandro tardó en entender aquellas desconcertantes palabras. Cuando lo hizo, vio, asombrado, que el único que había permanecido quieto había sido él: Mikeltxo, Juanma y Xabi habían dado un paso para sobrepasar la línea que dividía en dos la cancha de baloncesto. Se sintió confuso, y extrañamente solo y vulnerable. Josu le miraba con una mezcla de lástima e indulgente sorna. ¿Por qué le tenía afecto? El de la cresta, en cambio, malicioso, sonreía con una mueca de desprecio. Y dijo, casi tragándose las vocales:

—Que no te enteras. Que los Reyes son los gilipollas de tus padres.

Leandro se quedó paralizado, como si le hubieran golpeado tan violentamente en el pecho que hubiera perdido la respiración, tratando de asimilar el significado de aquellas palabras. De alguna manera el sonido del timbre, indicando el inicio de la jornada escolar, le devolvió las energías que por un momento le habían abandonado.

—¡Anda ya! —gritó, enfadado—. ¡Como si mis padres tuvieran dinero para dar regalos a todos los niños!

Y sin esperar respuesta, se dio la vuelta y corrió hacia su clase, tirando del carrito en el que llevaba los libros, los cuadernos y el estuche con los lápices, la goma y el sacapuntas. El sonido de las ruedecillas le pisaba los talones, e imaginó que era el tableteo de una ametralladora enemiga.

Los disparos le pasaban rozando, él los esquivaba todos.

Pero una niebla, una masa, un monstruo, eso ¿cómo se puede esquivar?